

DIARIO DE UN TESTIGO
LA GUERRA VISTA DESDE BRUSELAS
(Roberto J. PAYRO, para *La Nación*)

Bruselas, (sábado 7) setiembre de 1914

Paréntesis que debió ser prólogo.

A primera vista, dada la admirable información de *La Nación*, parecerá ocioso que yo escriba y ella publique este incompleto "*Diario de un testigo*", menos al corriente que los lectores de los episodios de la guerra europea. Yo no puedo ver, en efecto, sino un pequeñísimo rincón del escenario en que se desarrolla este drama colosal, rincón más reducido aún por el aislamiento en que el invasor nos mantiene y que estrecha cada día. Pero lo que la información no puede señalar y este *Diario* refleja con mayor o menor

intensidad es la serie de emociones que se apoderan de nuestro ánimo, en estos días terribles, con las sensaciones que despiertan en nosotros las vicisitudes de la vida diaria, es la manera de ver y de sentir esa vida misma desde nuestro sitio de observación, abarcando tan limitado campo visual y sujetos aún a errores y aberraciones que por ahora no es posible comprobar.

Quizá no parezca esto suficiente para interesar a gran número de lectores aunque presente – mal o bien – un cuadro único que sólo podría compararse a los primeros tiempos de la anexión de Alsacia-Lorena, sobre todo, cuando he tenido que arrancar y enviar apresuradamente a Buenos Aires, para no perder la rara oportunidad de un correo, algunas de sus páginas más calurosas, y cuando he creído deber arrancar y dejar de lado hasta más amplia información muchas otras en que se relatan hechos de armas, combates y

batallas, escenas de barbarie que no me parecen suficientemente documentadas. Así, por ejemplo, aún no se sabe a ciencia cierta lo ocurrido en Namur cuando la atacaron los alemanes, y corren sobre su rendición los más contradictorios rumores ; ni se sabe lo que ha pasado con la guardia cívica que anduvo meses enteros por esos campos antes de que se la disolviera en la orilla del mar ; no se sabe, en fin, nada con positiva certidumbre, ni siquiera lo que ocurre en Bruselas misma y sus alrededores cuando no se han podido presenciar los hechos ...

Por un fenómeno extraño, pero explicable, dada la exaltación de las imaginaciones, provocada por la guerra, desde el primer momento hasta ahora hemos sido el juguete de alucinaciones, de noticias falsas forjadas consciente o inconscientemente, de errores de lógica engendrados por la pasión ... La psicología, la mentalidad del pueblo entero, ha

experimentado el trastorno que en los más enérgicos provocan momentáneamente las grandes catástrofes, y es preciso imponerse con decisión una severa crítica, para no correr a ciegas tras del error.

A esto hay que añadir la falta de documentos precisos. Aterrorizados por un régimen de dominación que se hace más rígido cada día, los que han presenciado hechos de importancia para la historia, los testigos preciosos de mañana, callan hoy para no comprometerse, o hablan vagamente en la intimidad de lo que han visto, sin las precisiones necesarias para hacer de su palabra un testimonio ... O quizá no la puedan, como el personaje de Stendhal que asistió sin verla a la batalla de Waterloo ... (en *La Chartreuse de Parme*)

Más tarde, pues, cuando sea posible separar lo cierto de lo dudoso, trataré, ciertamente, de utilizar la parte mejor fundada de esas páginas dejadas en

suspenso, pese a su interés, por probidad intelectual.

No pretendo, en suma, haber anotado aquí, sino impresiones, a veces monótonas y aparentemente triviales, como el tornillo que va oprimiendo poquito a poco las libertades belgas, a veces de una intensidad dramática que sólo está, sin embargo, en el fondo de las cosas, como la amargura de este pueblo bajo el peso de esa opresión.

Nada más trágico que asistir impotente a la destrucción de un país y mi papel de simple espectador suele atormentarme al ver la supresión sistemática de la pequeña y noble Bélgica. Había conquistado ya mi afecto por sus virtudes, su laboriosidad, su energía, cuando su actitud heroica me hizo admirarla. Hoy, cuando sus hijos se batan como leones en el rinconcito de territorio que han jurado no abandonar sino con la vida, para que el nombre belga no sea una palabra vana, tengo que

compadecerla, admirándola aún más si cabe, porque ha visto con sobrehumano estoicismo la tortura de sus habitantes, la destrucción de sus ciudades y pueblos, de sus obras de arte, la desaparición de su fortuna entera. Porque el terror que trataban de infundirle sus enemigos para dominarla, ha resultado incontrastable indignación, y cuantas más ruinas se amontonan en su suelo, más alto sube el coraje de sus hijos.

He presenciado el perjurio de Alemania, pisoteando la neutralidad en que ella misma quería escudarse ; he asistido a sus actos vandálicos, a sus desmanes de lesa civilización, al bombardeo y el incendio de ciudades abiertas, de aldeas pacíficas ; hasta mis oídos ha llegado el eco de las descargas de sus fusilamientos en masa ; he sabido a su soldadesca violando doncellas, desventrando hombres, mujeres y niños, torturando ancianos, desvalijando casas,

destruyendo monumentos históricos, exigiendo como Breno intolerables impuestos de guerra a las poblaciones inermes y pacíficas, después de haber saqueado los bancos ...

Durante largo tiempo he tenido que callar, porque – como ahora mismo – toda comunicación con el mundo exterior nos estaba prohibida, y no me restaba ni siquiera el triste consuelo de contar a *La Nación* las angustias de Bélgica, la agonía terrible en que se agitaba.

He tenido que ignorar, por que el ocupante nos ha condenado a todos, nacionales y extranjeros, al suplicio de la incomunicación, a la asfixia bajo una campana neumática, suplicio intolerable cuando dura meses enteros, tan largos como una vida. Hemos envejecido ...

Día y noche, durante interminables semanas escuchábamos el trueno continuo del cañón, sin

saber de qué horizonte nos llegaba, ni qué estragos hacía, ni qué promesa o qué amenaza nos lanzaba desde lejos.

No tenemos diarios porque las hojas efímeras que circulan actualmente en Bélgica no merecerían el nombre de tales aunque no las amputase la censura, y apenas si llegan algunos ejemplares de los diarios franceses expurgados también y uno que otro número del *Times* o el *Standaard* (Nederland), que se venden a peso de oro. Las legaciones y embajadas no pueden corresponder, ni por correo ni telegráficamente, con sus países y tienen que valerse de mensajeros propios, solicitando para ellos pasaportes y permisos de circulación que la autoridad alemana suele otorgar con mucha dificultad, y naturalmente, los diplomáticos callan lo que llegan a saber. Los que entran y salen clandestinamente de Bruselas, afrontando molestias y peligros, no nos traen sino

datos contradictorios, por información deficiente, y en la mayoría de los casos por falta de dotes de observación. La gente del pueblo, avizora por instinto, es la que suele proporcionarnos, al volver de sus excursiones, indicios interesantes, merced a su conocimiento del terreno y a su ingenuo objetivismo ; pero ¡ cuán vagos y cuán desoladores, en general, puesto que son casi siempre negativos en cuanto a los progresos de los aliados en el país y sobre todo en las inmediaciones de Bruselas !

Para completar el cuadro de la zozobra reinante hay que añadir a esto la insostenible situación económica del país en general y de cada uno de sus habitantes en particular. Los más ricos carecen de numerario y de papel moneda, y tienen que servirse del crédito para llenar sus necesidades diarias ; los pobres están en la miseria, acuden a las "*sopas comunales*" gratuitas, mendigan en la vía y todavía no ha llegado el

invierno, todavía no se hace imperiosa la necesidad del carbón, que se ha agotado en Bruselas. Cuando los fríos lleguen reinará la desolación ...

Después vendrá la peste, engendrada por las montañas de cadáveres apenas cubiertos de tierra ...

Por todas partes se ven cruzar personas vestidas de luto, y al encontrarlas pienso en mis amigos, jóvenes y maduros, que están en la guerra o que van a partir ...

Quien tenga sangre fría suficiente para contemplar tranquilo tanto estrago, podrá admirar la épica belleza de las batallas, los actos novelescos de heroísmo, la grandeza de este diluvio universal de sangre, de esta catástrofe única en la historia. Yo no tengo sino ojos de horror ante el espectáculo, ya no tengo voz sino para condenar a quien provocó este sobresalto de la barbarie, para excomulgar de la humanidad a quien puso fuego a este reguero de

pólvora que bien puede ir incendiando todas las naciones del globo ...

Cuando se lean las siguientes notas se verá, una vez más, que la grandeza de la guerra no existe sino para los que, siglos más tarde, la contemplan a través de los libros que no dicen la verdad, que sintetizan arbitrariamente el tiempo y el espacio, que callan las ignominias, las vergüenzas, las crueldades, la bajeza, las traiciones, los dolores, todas las complicaciones que trae consigo este estado mórbido, para no examinar sino lo que falsamente llaman las "*grandes líneas*", trazadas *ex post facto*, después del resultado final ...

Roberto J. Payró

PAYRO ; « *La guerra vista desde Bruselas. Diario de un testigo (7)* », in LA NACION ; 23/03/1915.

N.d.T. :

« *rinconcito de territorio* » : los belgas (concretizando la genial idea del esclusero Karel COGGE) empezaron inundando la llanura del Yser el 25 de octubre de 1914. Estas palabras prueban que este « *prólogo* » ha sido escrito, al menos parcialmente, después del 7 de setiembre de 1914.